Vida y significación de Nicolás Achúcarro (*)

Profesor Dr. PEDRO LAIN ENTRALGO
Catedrático de Historia de la Medicina en la Facultad de Medicina de MADRID.

EL día 4 de junio de 1880 nació en Bilbao Nicolás Achúcarro Lund. Era hijo del médico don Aniceto Achúcarro y Mocoroa y de doña Juana Lund y Ugarte. Tres cuartas partes de su sangre fueron vascas; la cuarta parte restante, noruega: Hilario Lund, abuelo materno de Nicolás, había nacido en Bergen. Vasco por tres costados, escandinavo por otro, los españoles vieron siempre en él un genuino «hombre del Norte». Un esquema biográfico tan tópico como certero—*Lehrjahre, Wanderjahre, Meisterjahre*—nos permitirá contemplar ordenadamente la breve vida terrena de este gran hombre de ciencia.

I. Transcurrió la infancia de Nicolás Achúcarro en el tibio y cómodo regazo de una familia burguesa, sentimental e intelectualmente muy refinada. «Desde pequeño, la música, las obras pictóricas culminantes y la literatura nacional y extranjera le fueron familiares», dirá luego Gonzalo R. Lafora, uno de sus más íntimos amigos y colaboradores. Aprendió las primeras letras en la escuela de cierto don Cipriano, a quien luego recordará con ternura en alguna de sus cartas, y cursó la segunda enseñanza (1890-1895) en el Instituto Vizcaíno. Allí iba a enseñarle latín don Miguel de Unamuno, a la sazón aspirante a filólogo clásico. Dos grandes almas españolas—una sedienta de la verdad de Dios, sedienta la otra de la verdad del mundo—iniciaron así su futura y discrepante amistad.

En 1895 concluye Nicolás el bachillerato. Las calificaciones finales—«sobresaliente» en Ciencias, «sobresaliente» en Letras—dan primera medida oficial de su naciente inteligencia. ¿Cuál será el camino intelectual de quien tan gallardamente puede seguir uno u otro? La influencia de la profesión paterna y una precoz afición al conocimiento de la Naturaleza le llevan resueltamente hacia la Medicina. Pero sus padres, exigentes en la formación de quien tanto promete, no quieren que el joven bachiller comience sus estudios médicos sin un conocimiento suficiente del alemán, y le envían a Wiesbaden, en cuyo *Gymnasium* va a perfeccionar, por añadidura, el latín y las matemáticas. El estudio, la música, las excursiones, el patín sobre hielo y la piscina llenan en Wiesbaden los días de nuestro adolescente desde el otoño de 1895 hasta la primavera de 1897. Entonces habla ya alemán, y ya puede matricularse en la Facultad de Medicina. Vuelve, pues, a Bilbao, y en septiembre de ese mismo año se traslada a Madrid.

Los dos primeros cursos de su vida académica le traen triunfos y decepciones. Es discípulo de un gran sabio (Cajal, su profesor de Histología) y de dos muy estimables hombres de ciencia, Olóriz (Anatomía) y Gómez Ocaña (Fisiología). Obtiene los premios Martínez Molina y Fourquet, que los alumnos de Anatomía de la Facultad madrileña conceden por votación a aquel de sus compañeros que más se ha distinguido en el estudio de esa disciplina. Se inicia en la Fisiología experimental (una carta a sus padres cuenta graciosamente su parte en la extirpación de la glándula tiroides de un perro), y en el pobre laboratorio de Gómez Ocaña pasa no pocas mañanas de domingo. Pero la enseñanza universitaria española es muy deficiente, y más para quien desde Alemania ha comenzado a recibir revistas de Anatomía y Fisiología. Esta indudable realidad y el clima de acerada autocrítica que por esas calendas impera en España—están corriendo, no se olvide, los años 1898 y 1899—llenan de un descontento profundo e irresignado el alma de Achúcarro. Su primer contacto consciente con la realidad histórica de su patria le ha traído, ante todo, dolor. Más de una vez lo expresará con juvenil vehemencia irónica en sus conversaciones con don Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza, a quien entonces fué presentado y cuya amistad asidua y fielmente cultivó. La fe religiosa de Achúcarro, nunca muy ferviente, sufrió durante esos años crisis definitiva.

De tal descontento nació, sin duda, el propósito de obtener en Alemania la enseñanza a que él aspira y que Madrid no le da.

Apenas concluso el estío de 1899—que para él no es total vacación, porque en su residencia veraniega ha instalado un rudimentario laboratorio histológico—le vemos dirigirse a Marburgo, con el propósito de seguir un curso de Patología general, Percusión y Auscultación y de mejorar su formación química y fisiológica; y en Marburgo seguirá hasta que la enfermedad del hermano que le acompaña—un rápido proceso tuberculoso—obligue a ambos a regresar a Bilbao (marzo de 1900). Esta nueva estancia en Alemania templa un poco sus agrios juicios sobre la vida española: «Para mí, y en contra de lo que hasta ahora he pensado—escribe a su madre—, no salen (en España) tan buenos médicos como aquí, no porque se estudie menos, ni porque sean los individuos de carácter ligero e inconsciente, sino sencillamente por faltar laboratorios y material (1)... En

(*) Vertido al francés y al inglés, este trabajo aparece en el cuaderno que el gran neurólogo LUDO VAN BOGAERT publicará como homenaje a nuestro eximio y no bien recordado compatriota.

(1) El verdadero problema comienza ahí. ¿Por qué en la España de 1900 faltaban laboratorios y material científico? Quien desee conocer las respuestas dadas a esta interrogación, vea mi artículo «Ciencia española» en el *Diccionario de Historia de España* (Madrid, «Revista de Occidente», 1952).

suma, que me estoy reconciliando con nosotros.» Los duelos en el seno de las *Körperschaften* estudiantiles le sublevan: «Esto es mucho más salvaje que los toros... Es la cosa más escandalosa que hemos visto hasta la fecha.»

De nuevo en Madrid (abril de 1900), Achúcarro prepara a toda prisa sus exámenes—Patología general, Terapéutica, Anatomía patológica—y decide estudiar como alumno libre los tres cursos finales de la Licenciatura en Medicina (1900-1904). Durante ellos, recibirá enseñanza clínica del doctor Madinaveitia, eminente gastropatólogo que en su Servicio del Hospital General educa a un reducido número de alumnos en el rigor de la exploración clínica objetiva y en la práctica regular de la necropsia. A él y a Giner de los Ríos debe el Achúcarro estudiante su relación con Simarro, y a Simarro su definitiva orientación hacia la disciplina histológica (2). «En el laboratorio que entre Madinaveitia y Simarro fundaron en una calle apartada de Madrid», nos dice Lafora, comenzó Achúcarro su carrera de histólogo: «Empezó a investigar la estructura fina del sistema nervioso de animales inferiores (peces, batracios), para pasar luego a estudiar la más complicada del hombre.» Y así—añade Marín Amat, otro de sus compañeros y amigos—, a la terminación de sus estudios médicos, en 1904, este joven de veinticuatro años tiene ya «un nombre científico cotizable».

El Teatro Real y los conciertos dominicales le han permitido seguir cultivando su honda afición a la música, y el trato frecuente con su prima Lola Artajo va poniendo en su corazón el germen y la brasa del amor. La relación científica con Cajal ha sido hasta ahora muy escasa y esporádica.

II. Ya Nicolás Achúcarro es licenciado en Medicina. Aunque no esté definitivamente formado, sus años de aprendizaje han acabado ya. Y puesto que la holgura económica de la familia lo permite, iniciará sin pérdida de tiempo sus años de peregrinación. La neurología clínica y la anatomía patológica de las enfermedades nerviosas y mentales van a constituir su primer objetivo.

Comienzan esos *Wanderjahre* por una estancia de varios meses (1904-1905) en la clínica neurológica de Pierre Marie, en la Salpêtrière. La asistencia a las lecciones de Babinski, en la Pitié, la ópera, las conferencias y los conciertos contribuyen a llenar y colmar estos días parisienses de Achúcarro. Un trabajo presentado por el propio Pierre Marie en la sesión de la Société de Neurologie correspondiente al mes de julio de 1905—Achúcarro había regresado a España pocas semanas antes—será el principal fruto científico de su paso por la Salpêtrière (3).

La inquietud científica y viajera del joven neurólogo llévale luego a Florencia y a Munich, incitado por el consejo de dos compañeros suyos en la clínica de Pierre Marie, el italiano Catola y el alemán Lewandowsky. En Florencia (1905), Lugaro y Tanzi le inician en Psiquiatría. Pero va a ser en Munich, junto a Kraepelin y Alzheimer, donde su formación psiquiátrica y neurohistológica logre acabamiento. En Munich da término a su importante estudio sobre la anatomía patológica de la rabia—leído como tesis doctoral en Madrid, en diciembre de 1906—, y, salvo este viaje a España, en la capital bávara reside y trabaja hasta el verano de 1908 (4). Las ideas rectoras de la Psiquiatría alemana de la época—nosografía y nosotaxia kraepelinianas, especificidad histopatológica de las distintas psicosis—impregnan, no sin pasar por el tamiz de una severa crítica (5), la mente de este ya pujante investigador.

Achúcarro es para Alzheimer el más capaz y prometedor de sus discípulos. En representación del Gobierno Federal de los Estados Unidos, el doctor Jelliffe pide al profesor alemán el nombre de quien, a su juicio, mejor podría organizar el Servicio anatomopatológico del Manicomio de Wáshington—*Government Hospital for the Insane*—, y Alzheimer propone sin vacilar a Nicolás Achúcarro. Este acepta con entusiasmo, y después de un breve viaje de vacaciones a las islas Feroe en un barco de sus abuelos, el bacaladero «Ripa», embarca en El Havre y llega a Nueva York. Corre entonces el mes de septiembre de 1908.

Los primeros meses de su estancia en Wáshington son para él plenamente satisfactorios. Puede trabajar con entera libertad personal y gran riqueza de medios, tiene a su disposición la fabulosa Biblioteca del Congreso, puede oir de cuando en cuando las orquestas de Filadelfia y de Boston, hace excursiones, practica la docencia y encuentra entre sus compañeros del hospital una acogida cordial y llana. «La gente es más atenta que la de Florencia», escribe a su madre; y después de su gratísima experiencia de San Salvi, junto a Lugaro y Tanzi, éste es acaso su mejor elogio. «Sigo muy bien con todos aquí, y el director asegura que hará de mí un americano—dice en otra de sus cartas—. Yo aseguro que no, y no porque deje de reconocer que ésta es la mejor manera de vivir que he visto en mis ya numerosas vueltas.»

España, en efecto, le llama. Pese a su pobreza, a su escasa ciencia y a su desgarrada inquietud política—muy próxima está la semana trágica de Barcelona: agosto de 1909—, sólo la vida española le contenta. Por añadidura en Bilbao está su madre, y en Madrid su prima Lola. No puede extrañar que desde marzo de 1909 sea frecuente en sus cartas el tema del regreso a España. Pronto el deseo se convierte en propósito, y pronto éste se afirma y concreta. A fines de agosto embarcará en Nueva York, preparará su instalación en Madrid, volverá luego a Wáshington para terminar los trabajos pendientes, entregará su puesto a su sucesor y regresará definitivamente a la patria.

Las perspectivas económicas que Madrid le ofrece—septiembre-octubre de 1909—no son muy halagüeñas. Cajal va a intentar que creen una nueva plaza en el Instituto Alfonso XIII, y parece posible su ingreso en el Cuerpo médico del Hospital General. Pero todo ello es sobre manera inseguro, y la nerviosidad social del país no permite entonces concebir muy firmes esperanzas. «Todo el tiempo se fué en discutir problemas nacionales», dice uno de esos días a su madre (6).

Su resolución, sin embargo, es terminante: volverá a Madrid. Pasa luego unos días en París con su amigo y condiscípulo Teófilo Hernando—acompañado por éste redactó en el *Hôtel des Balcons*, rue Casimire Delavigne, su trabajo «Células alargadas y

(2) Debe subrayarse el notable papel de Simarro—cuyo gran talento científico quedó malogrado por la indisciplinada dispersión de sus actividades—en la génesis de la histología española; él fué quien enseñó a Cajal el método cromoargéntico de Golgi y quien alentó los primeros balbuceos histológicos de Achúcarro.

(3) El texto original de este trabajo—¿sobre qué versaba?—parece haberse perdido.

(4) En 1908 aparece—en la revista de Cajal—su primer trabajo sobre las «células en bastoncito».

(5) Las personales ideas de Achúcarro acerca del papel de la anatomía patológica en el conocimiento psiquiátrico fueron por él expuestas en las primeras páginas de su tesis doctoral: «Contribución al estudio de la anatomía patológica de la rabia».

(6) «Es cuestión de honradez—dirá Ortega pocos meses más tarde—que siempre que se pongan en contacto unos cuantos españoles comiencen por aguzarse mutuamente la amargura.»

Stäbchenzellen, células neuróglicas y células gránulo-adiposas en el asta de Ammon del conejo»—, visita Londres con manifiesta delicia, embarca en el «Lusitania», rumbo a Nueva York (noviembre de 1909), y se dispone a aprovechar lo mejor posible los últimos meses de su estancia en los Estados Unidos. Una nueva satisfacción le deparan sus amigos de Wáshington: la de elegir sucesor en el *Government Hospital for the Insane*. Achúcarro propone a su compañero y amigo Gonzalo R. Lafora, que acepta y es aceptado. En mayo de 1910 abandona Achúcarro la propicia tierra de América.

A los treinta años escasos ya es un verdadero maestro: su labor científica en Wáshington y los trabajos que en 1909 ha publicado—sobre ciertas lesiones ependimarias, sobre la neuroglia y las células en bastoncito, sobre la histopatología de la rabia (en los *Arbeiten* de Nissl)—lo acreditan con clara suficiencia. Han terminado los años de peregrinación y comienzan los bien escasos de consagración y magisterio.

III. La iniciación de este último período de su vida—junio-diciembre de 1910—no es especialmente grata. Cajal le incorpora a su laboratorio y a su cátedra, mas no puede ofrecerle sueldo alguno. Le nombran médico del Hospital General, pero no sabe cuándo comenzará a cobrar su retribución. La clientela, por otra parte, es bien escasa. Sus cartas rezuman contrariedad: «El poco éxito en las cosas oficiales del laboratorio y del hospital me tiene algo disgustado, y casi estoy pensando en dejar el laboratorio de Cajal... Me parece que me voy a dedicar por entero a la clínica, y si alguna vez gano lo suficiente, entonces volveré a la experimentación...» Pocos días más tarde deja amistosamente el laboratorio de Cajal—no la cátedra, a la cual seguirá adscrito hasta su muerte, primero como ayudante, luego como profesor auxiliar—, y concentra todo su esfuerzo en el afianzamiento económico de su vida y en la preparación de su matrimonio (7).

Celébrase éste el 25 de enero de 1911 y con él todo parece enderezarse (8). En el hospital comienzan a pagarle, la clientela va en aumento, su prestigio en el mundo médico e intelectual de Madrid crece con rapidez. Con un regalo en metálico de su abuela materna puede adquirir un excelente microscopio. Prepara gozoso sus vacaciones en Munich, donde se propone oir cuanto Mozart y Wagner pueda, y hace que Lola «refresque» su alemán. Achúcarro, en suma, se siente feliz. Y por si todo ello no fuese suficiente, en octubre de ese mismo año puede comunicar ante la Sociedad de Biología el hallazgo del método de tinción, que desde entonces lleva su nombre: el proceder del tanino y la plata amoniacal.

La vigorosa y ya bien encauzada actividad científica de Achúcarro va a tener ahora tres principales cauces: la investigación histológica, la docencia universitaria y el magisterio clínico.

En 1912 recibe de la Junta de Ampliación de Estudios el encargo de organizar un laboratorio, destinado al adiestramiento previo de los médicos que han de salir al extranjero para perfeccionar su formación. Bajo la experta dirección de Achúcarro, pronto se congrega en torno a él una pléyade de jóvenes investigadores: Rodríguez Lafora, Del Río-Hortega, Sacristán, Jiménez de Asúa, Calandre, Gayarre y algún otro. Achúcarro, que en 1911, salvada ya la breve crisis del año precedente, ha publicado varios trabajos de investigación—alteraciones de las células piramidales en la rabia y en las esporotricosis experimentales, anatomía patológica de la demencia senil, exploración de la neuroglía mediante la tinción argéntica, descripción del método tanino-plata amoniacal, aplicación del nuevo método tintóreo al estudio histopatológico de la parálisis general (9)—, puede proseguir sin trabas su ascendente carrera científica. He aquí, por años, la lista de sus publicaciones:

1912: «Las células amiboides de la neuroglía teñidas con el método de la plata reducida», «Los núcleos de las células gigantes de un glioma», «La membrana de la célula nerviosa», «Nuevo método para el estudio de la neuroglía y del tejido conectivo», «Tumores del sistema nervioso central», «Investigaciones histológicas sobre la glándula pineal humana» (con Sacristán), «La corteza cerebral en la demencia paralítica con el nuevo método del oro y sublimado de Cajal» (con Gayarre).

1913: «Estructura y funciones de la neuroglía», «Gefässverödung und Erweichung in der Hirnrinde» «Las células ganglionares de la glándula pineal humana» (con Sacristán), «El método del tanino y la plata amoniacal aplicado al estudio del tejido muscular cardíaco» (con Calandre).

1914: «Alteraciones del ganglio cervical superior», «Estudio gliotectónico de la corteza cerebral», «La neuroglía de la corteza en la demencia senil y en la alteración celular de Alzheimer» (con Gayarre).

1915 y 1916: «Evolución de la neuroglía y sus relaciones con el aparato vascular», «Alteraciones del sistema nervioso en los animales tiroidectomizados».

La docencia universitaria de Achúcarro transcurre en España al lado de Cajal. Dígalo la tan autorizada palabra de éste: «El maestro valía tanto como el hombre y el sabio. No lo creía él, que alegaba, movido por la modestia, su falta de condiciones oratorias. Persuadido yo, sin embargo, de sus envidiables dotes docentes, logré, no sin vencer grandes resistencias, obligarle a regentar una plaza de auxiliar numerario en la Facultad de Medicina (10), en espera de la creación de la cátedra de Neuropatología, en la cual su gran talento hubiera hallado cauce adecuado y florecimiento espléndido.» No sólo en la Universidad de Madrid enseñó Achúcarro. En 1912 fué invitado por la Universidad de Fordham, juntamente con C. G. Jung y algunos psiquiatras norteamericanos, a dar un curso breve de perfeccionamiento sobre enfermedades mentales (11). Unanse a estas lecciones las que ya había profesado en la Universidad de Wáshington durante su estancia en el *Hospital for the Insane*.

Pero Achúcarro no es sólo histólogo; es a la vez neurólogo y psiquiatra, y también como clínico va a ejercer magisterio eficaz. «Fué el primero que realizó en España—ha dicho Marañón—la fecunda conjunción del hombre de ciencia con el clínico, con el patólogo, con el profesional de la Medicina.» En el Hospital General de Madrid, del cual pasó a ser médico de número en septiembre de 1912, tuvo modesta sede su docencia clínica. «Sus enseñanzas—escribirá Sacristán, discípulo suyo—fueron modelo de sencillez y de perspicacia. No sólo nos enseñó neurología y psiquiatría, sino también cómo hay que ser

(7) La madre de Achúcarro no estuvo presente en la boda de su hijo. ¿Por qué? ¿Una discusión entre ella y Lola? Lo cierto es que su relación con los recién casados se hace pronto cordial.

(8) El año 1910 publicó Achúcarro un solo trabajo, consagrado a estudiar las células en bastoncito mediante el método argéntico de Cajal.

(9) Estas investigaciones fueron publicadas en la revista de Cajal, *Trabajos del Laboratorio de Investigaciones Biológicas* y en el *Boletín de la Sociedad de Biología*.

(10) La obtuvo en febrero de 1914.

(11) Durante este viaje, la Universidad de Yale nombró a Achúcarro doctor *honoris causa*.

cordial y compasivo con el enfermo.» El servicio hospitalario de Achúcarro fué así el germen de una gran escuela neuropsiquiátrica española; germen que bien pronto había de malograr la muerte del maestro.

Hacia el mismo fin tendió la breve actividad de Achúcarro en la dirección técnica del Patronato de Anormales. En 1914 fué nombrado secretario de esta institución (12), y no tardó en organizar cursos de Psiquiatría infantil para maestros y en fundar—ayudado por Lafora—una escuela para niños mentalmente deficientes. Pero la empresa murió en flor: triunfó cierta mezquina intriga, y el Patronato a que Achúcarro pertenecía quedó disuelto por Orden ministerial durante el verano de 1916.

Ese mismo año se iniciaron los síntomas de la dolencia que tan tempranamente había de acabar con su vida: una enfermedad de Hodgkin, según toda probabilidad. Después de muchos meses de intenso sufrimiento, Nicolás Achúcarro murió el 23 de abril de 1918, en su residencia veraniega de Neguri. Su muerte fué unánimemente considerada por los españoles como una gran pérdida nacional. «Déjeseme decir—escribía José Ortega y Gasset en su artículo necrológico—que Nicolás Achúcarro me parecía uno de los diez o doce españoles de más alta calidad intelectual... Se nos fué la sonrisa de Achúcarro, y con ella un enorme capital de ciencia acumulada y una eminente potencia de pensar.»

IV. Era Achúcarro hombre alto; flaco, rubio y algo desgarbado. De su nariz larga y sonrosada, él fué el primero en burlarse: «mi colega en narices», llama a Cyrano en una de sus cartas juveniles. Pero más aún que su nariz destacaban en su rostro la penetrante inteligencia de la mirada y su casi constante sonrisa, irónicamente altiva unas veces, irónicamente compasiva otras. Tuvo en la ciencia su gran pasión, y en la música, la lectura, el buen yantar y el alegre coloquio amistoso, las pequeñas pasiones en que aquélla se distendía y humanizaba. Todos cuantos le trataron ponen de relieve la gran nobleza de su ánimo, su honda delicadeza moral, su llana sencillez. Sólo los farsantes y los figurones vacuos le irritaban. «Juntábanse en él—dirá Cajal—el talento y la modestia, y, lo que es más raro, un sentimiento hidalgo de justicia hacia el mérito ajeno.»

Murió joven, no cumplidos aún los treinta y ocho años; pero por la fecha de su nacimiento y por los ideales y el estilo de su corta vida, perteneció de lleno, como una de sus más centrales y valiosas figuras, a la egregia constelación de españoles que surge a la vida pública entre 1910 y 1915, y que por la vía de la eficacia y no por la vía de la retórica se propone «europeizar» a España: la que constituyen, entre otros, José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Eugenio d'Ors, Ramón Pérez de Ayala, Julio Rey Pastor, Roberto Nóvoa Santos, Augusto Pi y Suñer, Teófilo Hernando, Blas Cabrera, Américo Castro, Jorge Francisco Tello y Pío del Río Hortega. Quieren estos hombres elaborar modos de vida —muy en primer término, ciencia—a la altura de lo que entonces está siendo Europa: modos de vida que manifiesten y potencien posibilidades todavía implícitas en el pueblo español: «la gema iridiscente de la España que pudo ser», según una conocida fórmula de Ortega. El español Achúcarro, el hombre de ciencia que por volver a su patria abandona el cómodo y brillante porvenir científico que los Estados Unidos le brindaban, fué, sin duda alguna, miembro importante de ese espléndido grupo generacional.

Escribió certeramente Ortega que en Achúcarro «la fisonomía de Cajal se adelantaba hacia el futuro». Es sugestivo el parangón entre estos dos grandes histólogos. Cajal: el ciclópeo *self-made-man*, el hombre que a través de una educación llena de estrecheces de toda índole llega por sí mismo al más alto plano de la ciencia universal. Achúcarro: el hijo de familia burguesa y acomodada, el sabio que desde niño ha entrado en contacto personal con cuanto entonces ofrece la cultura europea. Pero aun siendo tan distintos sus caminos, pronto los dos se encuentran y coinciden. Por el sendero de la técnica micrográfica y la morfología, Cajal llega en su madurez a la fisiología del sistema nervioso. En la segunda etapa de su vida científica (1903-1912) es bien perceptible, junto a la pura observación morfológica, el frecuente empleo del experimento fisiológico: el estudio (con Tello) de las variaciones del retículo neurofibrilar bajo la acción de la temperatura, los copiosos trabajos experimentales sobre la regeneración de los nervios, los ensayos en torno a la autolisis y a la pervivencia *in vitro* de las neuronas, las ideas acerca de la influencia del ambiente físico-químico sobre el crecimiento de los retoños regenerativos, etc. Pues bien: como movido por el espíritu de la época y por el ejemplo intelectual del gran maestro, Achúcarro pasa velozmente de la mentalidad morfológica y micrográfica a la mentalidad fisiológica. Sus ideas sobre la función de la neuroglía, sus nacientes y pronto truncados experimentos acerca de las conexiones entre el sistema nervioso central y las glándulas de secreción interna, hacen de él uno de los adelantados de la neurofisiología más actual. Es cierto lo que dice Ortega: en su persona y en su obra, «la fisonomía de Cajal se adelantaba hacia el futuro».

Mas ya sabemos que Achúcarro no fué sólo neurohistólogo y neurofisiólogo; fué también clínico, y no parece que el psiquiatra iba en él a la zaga del experimentador. No será inoportuno reproducir aquí los párrafos en que no hace mucho traté de mostrar la decisiva influencia de Achúcarro en la historia de nuestro saber psiquiátrico:

«El contraste entre la actual psiquiatría española y la anterior a 1914—fecha en la cual acaba para todo el Occidente la entidad histórico-cultural llamada *siglo XIX*—no puede ser más acusado. Ni un solo nombre español llega a figurar con relieve propio en la historia de la psiquiatría desde que ésta, a fines del siglo XVIII, se constituye como saber médico especializado, hasta los años que preceden a la primera guerra mundial. Si los españoles fundamos antaño los primeros frenocomios del mundo, no hemos contribuído luego a fundar la freniatría. Hubo entre los médicos de la España ochocentista alienistas laboriosos y concienzudos, como Giné y Partagás y el internista Drumen. Hubo también clínicos seria y noblemente preocupados por la asistencia al enfermo mental, como Esquerdo y Pi y Molist. Hubo, en fin, hombres excelentemente dotados para la creación original, que malgastaron en actividades dispersas sus talentos y posibilidades: Mata y Simarro, por ejemplo. Pero miradas desde el punto de vista de la historia universal de la Medicina, todas estas vidas, fuesen laboriosas o disipadas, dejan ver sobre sí el penoso signo de esterilidad que pesa sobre casi toda la vida científica de nuestro siglo XIX. Sólo cuando ese siglo se extinga, y principalmente por obra de la generación de Cajal, cambiarán el nivel y el destino de nuestra producción científica.

La influencia directa e indirecta de Cajal—y con

(12) Años antes había pretendido la cátedra de Psiquiatría infantil de la recién creada Escuela Superior del Magisterio. Una pintoresca disposición legal establecía la preferencia de los licenciados en Filosofía y Letras y de los maestros, y fué un crítico teatral quien obtuvo esa cátedra.

ella la formación intelectual en Alemania, junto a Kraepelin y Alzheimer—promovió, poco antes de 1914, la aparición del psiquiatra que entre nosotros había de iniciar una etapa nueva en el cultivo de su disciplina: el genial y malogrado Nicolás Achúcarro. Antes de Achúcarro, a los psiquiatras españoles no les faltaba la inteligencia, pero sí las dos condiciones sin las cuales no es posible que la inteligencia sea fecunda: la información y la técnica. Conocían con retraso sólo una parte del saber psiquiátrico europeo, la parte francesa, y en su adiestramiento técnico no pasaban del que pueda otorgar una formación médica general. Hacia 1880, ¿a cuántos de ellos decían algo los nombres de Westphal y Kahlbaum, entonces tan decisivos para la constitución de la nueva psicopatología? Desde Achúcarro, todo cambia. La información científica de nuestros alienistas—sálvense las excepciones que nunca faltan—ha sido amplia y actual, y en no pocos de ellos sigue existiendo el exigente afán de la investigación.» Como el Cid, el psiquiatra Achúcarro siguió ganando batallas después de muerto. Acaso no sean las últimas las que todavía pueden ganar estas modestas páginas, compuestas en su honor (13).

(13) Para la redacción de este artículo me han sido de gran utilidad los datos recopilados en su tesis doctoral por mi discípulo el doctor Patricio Montalva. Conste aquí mi reconocimiento.

INDIGESTION NIDOROSA DEL ESTOMAGO

«Quando se eructa como huevos duros y podridos es señal de indigestión nidorosa que consiste en demasiado movimiento de las fibras stomacales y esta indicación se cura beviendo una limonada de ojos de cangrejos y poniendo emplasto de agras sobre el estomago.

Regularmente las mujeres de nuestra España se quexan de bochornos y los hipocondriacos de flatos y assi unos como otros acometen de repente, sienten subir aquel flato y se les pone la cara encendida.

Estos flatos no son otra cosa que una ventosedad arrojada por la elasticidad de las fibras intestinales y assi no provienen de causa fria y humeda, antes si de calida y seca y assi dixe Galeno que no se de en los flatos cosa caliente porque se aumentarán mas.

Thenek nos dixe que los remedios calientes excitan los flatos en lugar de disiparlos y diminuirlos. Wilis dixe que la causa de este error en la practica consiste en haber creido, hasta ahora, que los flatos son exhalaciones humedas, quando en la realidad son exhalaciones calidas y secas. La razon destos es porque el frio condensa y el calor rarese; luego siendo los flatos una subtilisima ventosedad, no pueden prevenir de materia fria y humeda, pues son subtilisimos efluvios de materias subtilisimas calientes que es lo que los subtilisa y rerece. Confirma esto Hipocrates con el caso que refiere de aquella muger fuerte, sana y gruesa, pero hyterica y molestada de flatos e inflamaciones colicas, que la pusieron en parage de estar cinco dias como muerta, y que mando Hipocrates que se le hecharan encima de su cuerpo 30 cubos de agua fria y solo con esto bolvió en si y quedo buena.»

«Vademécum de un médico de 1700.»

(Remitido por Angel Carriazo. Jaén.)